

Estudios de literatura medieval en la Península Ibérica



Coordinado por CARLOS ALVAR

cilengua

SAN MILLÁN DE LA COGOLLA
2015

© *Cilengua. Fundación de San Millán de la Cogolla*

© *de los textos: sus autores*

I.S.B.N.: 978-84-943903-1-9

D. L.: LR. 994-2015

IBIC: DSBB 1DSE 1DSP

Impresión: Kadmos

Impreso en España. Printed in Spain

ÍNDICE

El unicornio como animal ejemplar, en cuentos y fábulas medievales	15
BERNARD DARBORD	
A lenda dos Sete Infantes e a historiografia: ancestralidade e tradição	37
MARIA DO ROSÁRIO FERREIRA	
Notas coloccianas sobre Alfonso X y cierta «Elisabetta»	65
ELVIRA FIDALGO	
Las humanidades digitales en el espejo de la literatura medieval: del códice al Epub	95
JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS	
La literatura perdida de Joan Roís de Corella: límites, proceso y resultados de un catálogo	123
JOSEP LLUÍS MARTOS	
Los florilegios latinos confeccionados en territorios hispánicos	147
MARÍA JOSÉ MUÑOZ JIMÉNEZ	
De cómo Don Quijote dejó de ser cuerdo cuando abominó de Amadís y de la andante caballería, con otras razones dignas de ser consideradas	173
JUAN PAREDES	
Amor, amores y concupiscencia en la «Tragedia de Calisto y Melibea» en los albores de la temprana edad moderna	191
JOSEPH T. SNOW	
Nájera, 1367: la caballería entre realidad y literatura	211
ALBERTO VÁRVARO (†)	

El reloj de Calisto y otros relojes de <i>La Celestina</i>	225
ÁLVARO ALONSO	
De Galaor, Floristán y otros caballeros	239
CARLOS ALVAR	
<i>Ajuda</i> y argumentación en el debate <i>Cuidar e Sospirar</i>	257
MARIA HELENA MARQUES ANTUNES	
Traducir y copiar la materia de Job en el siglo xv	267
GEMMA AVENOZA	
Aproximación a un tipo literario a través de su discurso: de Trotaconventos a <i>Celestina</i>	279
ALEJANDRA BARRIO GARCÍA	
El <i>Romance de Fajardo</i> o <i>del juego de ajedrez</i>	289
VICENÇ BELTRAN	
Reflexiones en torno a la transmisión, pervivencia y evolución del mito cidiiano en el <i>heavy metal</i>	303
ALFONSO BOIX JOVANÍ	
Del <i>Bursario</i> de Juan Rodríguez del Padrón a <i>La Celestina</i> . Ovidio, heroínas y cartas	317
MARÍA E. BREVA ISCLA	
Las limitaciones de la fisiognómica: la victoria del sabio (Sócrates e Hipócrates) sobre las inclinaciones naturales	341
JUAN MANUEL CACHO BLECUA	
El final de la <i>Estoria de España</i> de Alfonso X: el reinado de Alfonso VII .	365
MARIANO DE LA CAMPA GUTIÉRREZ	
Primacía del <i>amor ex visu</i> y caducidad del <i>amor ex arte</i> en <i>Primaleón</i>	391
AXAYÁCATL CAMPOS GARCÍA ROJAS	
Poesía religiosa dialogada en el <i>Cancionero general</i>	405
CLAUDIA CANO	
Comedias líricas en la Hispanoamérica colonial. Otro testimonio de la pervivencia y trasmisión de motivos medievales a través del teatro musical. El caso de «Las bodas de enero y mayo»	417
SOFÍA M. CARRIZO RUEDA	

Sabiduría occidental-sabiduría oriental: Sorpresas terminológicas	429
CONSTANCE CARTA	
De la cabalgata a la sopa en vino: trayectoria épica del motivo profético en algunos textos cidianos	439
PÉNÉLOPE CARTELET	
El animal guía en la literatura castellana medieval. Un primer sondeo	463
FILIPPO CONTE	
A linguagem trovadoresca galego-portuguesa na <i>Historia troyana polimétrica</i>	481
CARLA SOFIA DOS SANTOS CORREIA	
Alfonso X el Sabio, el rey astrólogo. Una aproximación a los <i>Libros del saber de astronomía</i>	493
M ^a DEL ROSARIO DELGADO SUÁREZ	
La literatura artúrica en lengua latina: el caso de «De ortu Walwanii nepotis Arturi»	501
MARÍA SILVIA DELPY	
Los consejos aristotélicos en el <i>Libro de Alexandre</i> : liberalidad, magnificencia y magnanimidad	513
MARÍA DÍEZ YÁÑEZ	
Exaltación cruzada y devoción jacobea en el <i>Compendio</i> de Almela	537
LUIS FERNÁNDEZ GALLARDO	
«Noticias del exterior» en las <i>Crónicas</i> del Canciller Ayala	559
JORGE NORBERTO FERRO	
Las artes visuales como fuente en la obra de Gonzalo de Berceo	569
SARAH FINCI	
Narratividad teatral en Feliciano de Silva	577
JUAN PABLO MAURICIO GARCÍA ÁLVAREZ	
Iconotropía y literatura medieval	593
CÉSAR GARCÍA DE LUCAS	
La recepción del legendario medieval en la novela argentina	607
NORA M. GÓMEZ	

Las tres virtudes de santa Oria en clave estructural	623
JAVIER ROBERTO GONZÁLEZ	
Las alusiones carolingias en la búsqueda del Grial y las concepciones cíclicas de los relatos artúricos en prosa	637
SANTIAGO GUTIÉRREZ GARCÍA	
De la ferocidad a la domesticación: funciones del gigante y la bestia en el ámbito cortesano	659
MARÍA GUTIÉRREZ PADILLA	
El <i>Ars moriendi</i> y la caballería en el <i>Tristán de Leonís</i> y el <i>Lisuarte de Grecia</i> de Juan Díaz	673
DANIEL GUTIÉRREZ TRÁPAGA	
Algunas consideraciones sobre la <i>Introducción</i> de Pero Díaz de Toledo a la <i>Esclamación e querella de la governaçión</i> de Gómez Manrique	695
ANA M ^a HUÉLAMO SAN JOSÉ	
Las prudencias en el pensamiento castellano del siglo xv	715
MÉLANIE JECKER	
«El mar hostil» en el <i>Milagro XIX</i> de Berceo y en la Cantiga de Meendinho	731
SOFÍA KANTOR	
La <i>Hystoria de los siete sabios de Roma</i> [Zaragoza: Juan Hurus, ca.1488 y 1491]: un incunable desconocido	755
MARÍA JESÚS LACARRA	
La difesa del proprio lavoro letterario. Diogene Laerzio, Franco Sacchetti e Juan Manuel	773
GAETANO LALOMIA	
El paraíso terrenal según Cristóbal Colón	789
VÍCTOR DE LAMA	
«Ca sin falla en aquella sazón se començaron las justas e las batallas de los cavalleros andantes, que duró luengos tiempos». El inicio del universo artúrico en el <i>Baladro del sabio Merlín</i>	809
ROSALBA LENDO	

Construyendo mundos: la concepción del espacio literario en don Juan Manuel	821
GLADYS LIZABE	
¿Un testimonio perdido de la poesía de Ausiàs March?	835
MARIA MERCÈ LÓPEZ CASAS	
Notas para el estudio de García de Pedraza, poeta de Cancionero	847
LAURA LÓPEZ DRUSETTA	
<i>Adversus deum</i> . Trovadores en la frontera de la <i>Cantiga de amor</i>	861
PILAR LORENZO GRADÍN	
La pregunta prohibida y el silencio impuesto en el <i>Zifar</i> (C400. <i>Speaking tabu</i>)	879
KARLA XIOMARA LUNA MARISCAL	
Prácticas de lectura en la Florencia medieval: Giovanni Boccaccio lee la <i>Commedia</i> en la iglesia de santo Stefano Protomartire	889
SARAH MALFATTI	
La tradición manuscrita de Afonso Anes do Coton (XIII sec.): problemas de atribución	901
SIMONE MARCENARO	
Un testimonio poco conocido de las <i>Coplas que hizo Jorge Manrique a la muerte de su padre</i> : la impresión de Abraham Usque (Ferrara, 1554)	917
MASSIMO MARINI	
Psicología, pragmatismo y motivaciones encubiertas en el universo caballeresco de <i>Palmerín de Olivia</i>	941
JOSÉ JULIO MARTÍN ROMERO	
El <i>Epithalamium</i> de Antonio de Nebrija y la <i>Oratio</i> de Cataldo Parisio Sículo: dos ejemplos de literatura humanística para la infanta Isabel de Castilla	955
RUTH MARTÍNEZ ALCORLO	
Propuesta de estudio y edición de tres poetas del <i>Cancionero de Palacio</i> (SA7): Sarnés, Juan de Padilla y Gonzalo de Torquemada	973
PAULA MARTÍNEZ GARCÍA	

«Contesçió en una aldea de muro bien çercada...» El «Enxiemplo de la raposa que come gallinas en el pueblo», en el <i>Libro de buen amor</i>	987
MARÍA TERESA MIAJA DE LA PEÑA	
La obra de Juan de Mena en los <i>Cancioneros del siglo XV</i> . De los siglos XIX y XX. Recopilación e inerrancia	999
MANUEL MORENO	
Para uma reavalição do cânone da dramaturgia portuguesa no séc. XVI ..	1023
MÁRCIO RICARDO COELHO MUNIZ	
La tradición literaria y el refranero: las primeras colecciones españolas en la Edad Media	1037
ALEXANDRA ODDO	
Paralelismos entre el cuerpo femenino y su entorno urbano en la prosa hebrea y romance del siglo XIII	1051
RACHEL PELED CUARTAS	
Los gozos de Nuestra Señora, del Marqués de Santillana	1061
MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PRIEGO	
Medicina y literatura en el <i>Cancionero de Baena</i> : fray Diego de Valencia de León	1073
ISABELLA PROIA	
Matrimonio y tradición en <i>Curial e Güelfa</i> : el peligro de la intertextualidad ..	1091
ROXANA RECIO	
«Pervivencia de la literatura cetrera medieval. Notas sobre el estilo del <i>Libro de cetrería</i> de Luis de Xapata»	1113
IRENE RODRÍGUEZ CACHÓN	
Las <i>imágenes agentes</i> de <i>Celestina</i>	1125
AMARANTA SAGUAR GARCÍA	
Los «viessos» del <i>Conde Lucanor</i> : del manuscrito a la imprenta	1137
DANIELA SANTONOCITO	
Juan Marmolejo y Juan Agraz: proyecto de edición y estudio de su poesía ..	1157
JAVIER TOSAR LÓPEZ	
A verdadeira cruzada de María Pérez «Balteira»	1167
JOAQUIM VENTURA RUIZ	

«Prísolo por la mano, levólo pora'l lecho». Lo sensible en los *Milagros de Nuestra Señora* 1183

ANA ELVIRA VILCHIS BARRERA

Para la edición crítica de la traducción castellana medieval de las *Epistulae morales* de Séneca encargada por Fernán Pérez de Guzmán 1195

ANDREA ZINATO

EL PARAÍSO TERRENAL SEGÚN CRISTÓBAL COLÓN

VÍCTOR DE LAMA

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El osado navegante que fue Cristóbal Colón nos permite observar cómo se cierra una época y se abre otra en lo que se refiere al conocimiento del mundo. Dentro de los territorios que faltaban por explorar, sin duda el lugar más sugerente para el cristiano común en la época de los Reyes Católicos era el emplazamiento exacto del Paraíso Terrenal. Las referencias en sus escritos van tomando cuerpo y evolucionando en función no solo de sus amplias lecturas, sino más bien de su creciente mentalidad mesiánica y de los serios problemas acumulados tras los dos primeros viajes a las Indias Occidentales. El análisis sistemático de todos los textos en que el genovés menciona el Paraíso Terrenal, cada uno en su contexto, nos va a permitir perfilar no sólo la procedencia de sus ideas sino también cómo se desarrollan y qué funciones adquieren en los últimos quince años de su vida.

Palabras clave: Paraíso Terrenal, Cristóbal Colón, Reyes Católicos, cosmografía medieval, mundo medieval.

Abstract: The daring sailor who was Christopher Columbus allows us to observe how an era closes and new one opens, as far as the knowledge of the world is concerned. Within the territories that were unknown then, the most appealing to ordinary Christians and the Catholic Monarchs was, without doubt, the exact location of the Garden of Eden. The references in his writings take shape and evolve in terms of, not only his extensive reading, but also of his growing messianic mentality and the serious problems that accumulated after his first two voyages to the Indies. The systematic analysis of all the texts in which the Genoese mentions the Earthly Paradise, each in their context, will allow us to shape not only the source of his ideas, but also how they develop and what functions they acquire in the last fifteen years of his life.

Keywords: Garden of Eden, Christopher Columbus, Catholic Monarchs, medieval cosmography, medieval world.

En la Edad Media el Paraíso Terrenal era algo más que un motivo literario. Ninguna persona que tuviera una cierta cultura dudaba de que el Paraíso Terrenal existía físicamente en algún lugar remoto de la tierra. Los cartógrafos medievales solían representarlo en los confines orientales de Asia; así que Cristóbal Colón creyó haber llegado a sus inmediaciones en el tercer viaje y todos los biógrafos y comentaristas destacan el hecho. Pero las peculiares experiencias vividas por Colón en sus viajes le llevan a reflexiones muy distintas de las que eran habituales en la época. Por ese motivo parece necesario examinar con detenimiento cada una de las referencias al Paraíso que van apareciendo en sus escritos, siguiendo la evolución cronológica de las ideas del Almirante y teniendo en cuenta las circunstancias y motivaciones de cada momento¹.

LA RELIGIOSIDAD DE COLÓN

El 19 de mayo de 1506, un día antes de entregar su alma a Dios, en la noble villa de Valladolid Cristóbal Colón ratificaba ante Pedro de Inoxedo el testamento de sus últimas voluntades. En él deja como heredero a su hijo mayor don Diego, encarga que se paguen sus deudas y que se provea a doña Beatriz Enríquez, la madre de don Fernando su hijo, para que pueda vivir honestamente. En lo relativo a la religión establece que Don Diego sostenga una capilla con tres capellanes

que digan cada día tres misas, una a honra de la Sancta Trinidad, e otra a la Concepción de Nuestra Señora, e la otra por ánima de todos los fieles defuntos, e por mi ánima e de mi padre e madre e mujer, [...] e si esto puede ser en la Isla Española, que Dios me dio milagrosamente, holgaría que fuese allí adonde yo lo invoqué, que es en la Vega que se dize de la concepción².

No cabe dudar de las profundas convicciones religiosas de Cristóbal Colón. Son continuas las invocaciones a Dios en sus diarios y la creencia en su constante

1. Cito por la edición de Consuelo Varela, *Textos y documentos completos*, y Juan Gil, *Nuevas cartas*, 2ª ed. ampliada, Madrid, Alianza, 1992. En adelante, *Textos*. Con todas las salvedades que implica el hecho de que sus *Diarios* sean el resultado de la transcripción realizada por fray Bartolomé de las Casas mucho tiempo después, nada nos hace dudar en este punto de la fidelidad del dominico a las palabras de Colón. Sobre la intervención de Las Casas, véase de Stefan Ruhstaller, «Bartolomé de las Casas y su copia del “Diario de a bordo”. Tipología de las apostillas», *Cauce*, 14-15 (1992), pp. 615-637.
2. Concepción de la Vega era la ciudad que Colón decidió construir en el interior de La Española en 1494, durante su segundo viaje.

intercesión. Las citas bíblicas en sus escritos son de una abundancia creciente y basta leer su *Libro de las Profecías* para darse cuenta de que las *Sagradas Escrituras* se convierten en los últimos años de su vida en su libro de cabecera y en el pilar donde se apoya su mentalidad mesiánica. La firma *Xpo ferens* (*Christum ferens*) adoptada por el Almirante desde 1501 no era una simple latinización de su nombre Cristóbal («el que lleva a Cristo»), pues albergaba en la mente del descubridor la certeza de que en su nombre estaba grabada su misión de llevar a Cristo a las Indias, y también la convicción de que, al contener su nombre el del hijo de Dios, era el «justo perseguido» de los *Salmos*, prefiguración del Cristo de la Pasión. Estas creencias, enriquecidas con otras de tipo apocalíptico, explican bien a las claras cómo progresivamente en sus escritos se decanta la doble imagen de Colón como víctima y como redentor³.

Mucho se ha discutido en torno a si algunas de sus manifestaciones están próximas al criptojudasismo, que apoyarían la tesis de un Cristóbal Colón judío, o si su examen personal de la Biblia estaría cerca *avant la lettre* de los postulados protestantes. Si hacemos balance de la crítica moderna comprobaremos cómo las posturas se han posicionado entre quienes consideran que su confesada religiosidad y sus abundantes citas de la Escritura no son más que una forma de enmascarar su fiebre colonialista⁴ y quienes reconocen la sinceridad religiosa del Almirante en su empeño evangelizador⁵.

Pero además debemos recordar que los móviles esgrimidos más habitualmente por Cristóbal Colón para viajar a las Indias por Occidente fueron estos dos: conseguir el oro suficiente y ponerlo a disposición de los Reyes Católicos para arrebatar a los infieles la ciudad de Jerusalén y llevar la religión cristiana a los indios⁶. Colón conocía muy bien lo que sus interlocutores querían oír; sus patro-

3. El mejor estudio sobre esta vertiente profética y mesiánica de su religiosidad es el de Alain Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid, Publicaciones de la Casa-Museo de Colón y Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid, 1983.
4. Es la tesis de M. Giménez Fernández en *Bartolomé de las Casas I: Delegado de Cisneros para la reforma de las Indias*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1953; o Gustavo Gutiérrez en *Dios o el oro en las Indias*, Salamanca, Sígueme, 1990.
5. Es la posición, por ejemplo, de Francisco Álvarez Seisdedos (Cristóbal Colón, *Libro de las Profecías*, Madrid, Testimonio, 1984) o la de Miguel de Egan («El salmo XIX y el descubrimiento de América», *Revista Bíblica*, 54 (1992), p. 232) quien considera el *Libro de las Profecías* un valiosísimo testimonio de la fe y religiosidad de Colón.
6. Los testimonios son muy abundantes. J. L. de León Azcárate menciona varios en su estudio «*El libro de las Profecías* (1504), de Cristóbal Colón: La Biblia y el descubrimiento de América», *Religión y Cultura*, 53 (2007), pp. 361-406.

cinadores, Isabel y Fernando, se sentían especialmente halagados recordándoles la tarea pendiente de recuperar Jerusalén –ahora que había caído Granada y que los judíos habían sido expulsados de España⁷ y el deseo de que la religión cristiana fuera la única practicada en sus nuevos dominios ultramarinos. Con estas premisas, y sin dudar del arraigo de la religión católica en el primer Almirante, podremos enjuiciar mejor algunas de sus manifestaciones sobre el Paraíso Terrenal, examinar su orientación más o menos interesada o valorar la oportunidad de sus argumentos religiosos en cada momento⁸.

En lo tocante a la formación intelectual de Cristóbal Colón, no podemos considerarle, con Alejandro Cioranescu⁹, como un auténtico humanista, pero tampoco un ingenio lego como han postulado tantos estudios biográficos. Hoy sabemos que durante algún tiempo, mientras esperaba una respuesta de los Reyes Católicos, vivió como mercader de libros y dibujante de cartas de navegar junto con su hermano Bartolomé. Si aceptamos su constante curiosidad y su pertinaz empeño en conseguir financiación para alcanzar las Indias navegando hacia el oeste, y si tenemos en cuenta sus contactos en la corte portuguesa y en la castellana, no resultará exagerado creer que se interesó por cualquier libro de materia cosmológica y geográfica que circuló por España y Portugal en los años finales del siglo xv. Asunto muy diferente es la atención que prestó a las diferentes autoridades escritas y el provecho que sacó de cada fuente¹⁰. Por otro

7. Era bien conocida la especial vinculación de los reyes de Aragón con Jerusalén. Cabe recordar que, tras las guerras franco españolas en Italia, el rey Fernando el Católico añadiría a sus títulos el de Rey de Jerusalén, vinculado desde entonces y hasta hoy a la corona española.
8. F. Gómez Redondo ha valorado con claridad meridiana el significado de la religión en la aventura americana de Cristóbal Colón: «El Nuevo Mundo al que llega Colón en octubre de 1492 se convierte, en seguida, en el 'Otro mundo' de las revelaciones escatológicas y de las profecías bíblicas; el marino genovés no buscaba sólo una ruta comercial que llevara directamente a las Indias, sino que pretendía abrir una vía de espiritualidad que permitiera extender el poder y la magnificencia de la corte que había creado en sus sueños; ese itinerario religioso le confería, a la par, una dimensión mesiánica que se empeñó, con obstinado celo, en construir y difundir con textos escriturarios a medida que iba creciendo el número de enemigos que se burlaban de sus empresas y criticaban sus métodos de conquista». (*Historia de la prosa de los Reyes Católicos: el umbral del Renacimiento*, II, Madrid, Cátedra, 2012, p. 2020).
9. *Colón, humanista (Estudios de humanismo atlántico)*, Madrid, Prensa Española, 1967.
10. Los escasos textos autógrafos conservados atestiguan unos variados conocimientos idiomáticos aprendidos a salto de mata. Colón se expresaba y era capaz de leer en italiano, en latín, en castellano, en catalán, en francés y en portugués. Como es habitual en la gente de mar, no utilizaba ninguna de estas lenguas con total corrección. Esas contaminaciones se explican también por las distintas situaciones de uso y la variedad lingüística de sus interlocutores. En cualquier caso, esos conocimientos le permiten acceder a tratados geográficos y libros de viajes medievales

lado, Colón no era un sabio de gabinete, pues a menudo vemos cómo utiliza su experiencia para desmentir o ratificar a los autores antiguos¹¹. Según Salvador de Madariaga, Colón era «una mezcla inextricable de un espíritu de observación empírico y aun verdaderamente científico y de una fe medieval en la tradición y en la autoridad»¹².

La búsqueda del Paraíso Terrenal no constituía un objetivo de los viajes del Almirante, pero al igual que las personas más cultas de su tiempo, Colón estaba convencido de que el lugar donde Dios puso a Adán y Eva se localizaba en el extremo oriental de Asia, por mucho que fuera inaccesible para el hombre después del pecado original.

REGRESANDO DEL PRIMER VIAJE

La primera mención al Paraíso Terrenal la encontramos en el diario del regreso del primer viaje. El 14 de febrero de 1493 una gran tormenta separó a la Niña, que estaba bajo el mando del Almirante, de la Pinta, capitaneada por Martín Alonso Pinzón. Desde esos momentos cada una regresaría por su lado. Al día siguiente Colón avistó tierra: era la isla de Santa María, la más meridional y oriental de las Azores, pero el estado del mar no le permitió desembarcar hasta el día 18. Superado un pequeño incidente con las autoridades de la isla, quienes

escritos en las distintas lenguas occidentales. Sus anotaciones autógrafas, en un latín elemental, en los márgenes de los ejemplares que poseyó de la *Imago mundi*, de Pedro d'Ailly, y de la *Historia rerum ubique gestarum*, de Eneas Silvio Piccolomini, demuestran hasta qué punto hizo una lectura crítica de los mismos. Lo mismo cabe decir de sus anotaciones a la traducción latina del *Libro de Marco Polo* y a la versión italiana de la *Historia natural* de Plinio. Varios testimonios aseguran que Cristóbal Colón fue un gran lector y no cabe duda de que examinó con detenimiento toda obra que cayó en sus manos de contenido geográfico, cosmográfico, astronómico o relativa al arte de marear, sin importar demasiado la lengua en que estuviera escrita. Por eso no debe extrañarnos que López de Gómara en su *Historia de las Indias* (1552), al comentar los miles de libros que coleccionó su hijo don Hernando, señale que es «cosa de hijo de tal padre». Colón no concede distinta autoridad a las fuentes profanas y a las escriturarias; así el profeta Edrás se codeará en la mente de Colón con Ptolomeo o Marino de Tiro y San Isidoro con Pierre d'Ailly.

11. En una apostilla a la *Imago mundi* (f. 12r) anota: «Zona torrida non est inhabitabilis, quia per eam hodie navigant Portugallenses, imo est populatissima; et su línea equinoxialis est Castrum Mine serenissimi regis portugalie, quen vidimus». Con esta afirmación está desmintiendo la común creencia medieval de que la tierra limitaba por el sur con una zona inhabitable por el excesivo calor.
12. Salvador de Madariaga, *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, Madrid, Espasa-Calpe, 1984, p. 404.

recelaban de los navegantes castellanos¹³, las circunstancias obligaron al Almirante a permanecer unos días con los portugueses y, en un momento de sosiego, su diario nos ofrece esta confesión del 21 de febrero de 1493:

Dize que estaba maravillado de tan mal tiempo como avía en aquellas islas y partes, porque en las Indias navegó todo aquel invierno sin surgir, e avía siempre buenos tiempos, y que una sola ora no vido la mar que no pudiese bien navegar, y en aquellas islas [las Azores] avía padeçido tan grave tormenta, y lo mismo le acaeció a la ida hasta las islas de Canaria; pero pasado d'ellas siempre halló los aires y la mar con gran templança. Concluyendo, dize el Almirante que bien dixeron los sacros theólogos y los sabios philósophos que el Paraíso Terrenal está en el fin de Oriente, porque es lugar temperadíssimo. Así que aquellas tierras que agora él avía descubierto, es –dice él– el fin del Oriente¹⁴.

El hecho de que de Las Casas nos ofrezca el texto en tercera persona no es motivo para dudar de la exactitud al transcribir las palabras del Almirante. Colón tiene poderosas razones para proclamar haber descubierto el lugar donde se encuentra el Paraíso en los confines orientales del mundo: no sólo cree que ha llegado por occidente al extremo oriental del mundo, sino que la bonanza de las aguas y de los aires en época invernal le hace pensar que aquellas tierras descubiertas eran un lugar muy especial. Recordemos que en ese primer viaje oceánico, tanto a la ida por Canarias como a la vuelta por las Azores, había sufrido las consecuencias del mar embravecido. Por otro lado, vemos en las palabras del Almirante ese reconocimiento de las *auctoritates* («los sacros theólogos y los sabios philósophos»), su ubicación al «fin de Oriente» y su condición de «lugar temperadíssimo».

LA TRADICIÓN MEDIEVAL SOBRE EL PARAÍSO TERRENAL

Como tantas ideas del cristianismo, la idea de un Paraíso Terrenal habitable por el hombre es anterior incluso a la era cristiana. En el *Libro de los jubileos* (h. 167-140 a. C) se cuenta cómo Noé repartió al azar la tierra entre sus hijos Sem, Cam y Jafet. Se afirma que Sem, cuya parte estaba limitada por el Tina (el Don) y por el Guijón (el Nilo), tuvo la mejor suerte, pues en sus dominios se encontraba

13. El capitán Castañeda ordenó detener a los marineros pensando que se trataba de una expedición castellana a las costas de África. Aclarados los hechos, los dejó en libertad.

14. *Textos*, p. 212.

el jardín del Edén, el monte Sión donde estaba el centro de la tierra y el monte Sinaí. Los tres eran lugares santos¹⁵.

Ya en nuestra era, el historiador judío Flavio Josefo († 100 d.C.) asegura que los principales ríos del mundo nacen en el Paraíso Terrenal: el Pisón (que los griegos llaman Ganges), el Tigris, el Éufrates y el Guijón (que los griegos conocen por Nilo). La primera literatura cristiana (San Teófilo, San Ireneo, San Epifanio) siguió estos pasos y se fijó la idea de que cuatro grandes ríos procedían de él¹⁶.

Efrén el Sirio († 373), basándose en el profeta Ezequiel (28:13), fue un poco más allá situándolo en un lugar tan elevado que condicionará por mucho tiempo la visión geográfica del mundo: «las cumbres de todas las montañas se encontraban por debajo de él. El Diluvio apenas llegó a sus pies, mientras que todas las demás montañas quedaron cubiertas». En sus *Himnos* compara el Paraíso con el halo de luz que circunda la luna: «de esa misma manera el paraíso rodea al mundo y la tierra y el mar están contenidos en él». Y en el *Comentario sobre el Génesis* señala que los ríos que nacen en el Paraíso son el Nilo, el Danubio, el Tigris y el Éufrates, pero añadiendo una explicación que no por desafiar las leyes de la física dejó de tener docenas de seguidores: «Conocemos el lugar donde surgen los ríos, sin embargo no está ahí su manantial original. Ciertamente el paraíso está ubicado a una gran altura. Los ríos han sido absorbidos en el perímetro del paraíso y han descendido en medio del mar gracias a un acueducto y la tierra los hace surgir a cada uno en un lugar»¹⁷.

En el siglo VIII Juan Damasceno, muy citado en el Renacimiento, señala que el Paraíso «estaba al oriente, en la región más elevada de la tierra»¹⁸ (p. 92) y poco a poco se fue decantando la idea de que el Paraíso Terrenal existía, pero fuera del alcance de los hombres porque estaba situado en una cumbre inaccesible o más allá de un océano infranqueable; por otro lado, la existencia irrefutable de los cuatro ríos del Génesis demuestra que existe una conexión con él. Muchos fueron los tratados orientales que repitieron estas creencias.

15. Jean Delumeau, *Historia del Paraíso. 1. El jardín de las delicias*, Madrid, Taurus, 2005, p. 87.

16. Delumeau, *Historia del Paraíso. 1*, p. 88.

17. Delumeau, *Historia del Paraíso. 1*, p. 89. La idea de que los aguas de los ríos del paraíso resurgían por otros lugares ya la habían sostenido Filón de Alejandría e Hipólito, pero después de Efrén el Sirio esa explicación quedó asentada por muchos siglos en la tradición cristiana como verdad irrefutable.

18. Delumeau, *Historia del Paraíso. 1*, p. 92.

En Occidente San Agustín († 430) defendió la existencia de un paraíso espiritual, pero también de otro terrenal. Sus escritos no dejaron de influir en los siglos siguientes. Fue Isidoro de Sevilla quien desarrolló y extendió por Occidente de forma más eficaz esas ideas. En sus *Etimologías* distingue dos paraísos: uno celestial, donde las almas de los justos esperan la resurrección, y otro terrenal, donde fueron puestos por Dios Adán y Eva. De este último dice lo siguiente:

[Asia] comprende muchas provincias y regiones de las cuales voy a enumerar los nombres y los sitios, comenzando por el paraíso. El paraíso es un lugar de Oriente cuyo nombre traducido del griego al latín fue *hortus*. En hebreo se le llama Edén, lo que en nuestra lengua significa *deliciae*. La conjunción de las dos palabras dio como resultado *hortus deliciarum*. Este sitio está sembrado con todo tipo de árboles, en particular frutales, y ahí se encuentra también el árbol de la vida. Ahí el frío y la canícula no existen, el aire está siempre templado. Justo en la mitad del paraíso brota una fuente que irriga el lugar por completo y que, al dividirse, da origen a cuatro ríos. Desde el pecado original se le prohibió al hombre la entrada a este lugar. El paraíso está rodeado por todos sus flancos por una llama semejante a una espada de doble filo, un muro de fuego cuyo incendio sube hasta el cielo. A un querubín se le ordenó [...] impedir la entrada al Paraíso a cualquier espíritu y a cualquier viviente¹⁹.

Estas ideas se repiten y modulan en la Edad Media hasta la saciedad. Muy importantes fueron los testimonios de Beda el Venerable, Rábano Mauro, Honorio de Autun o Pedro Lombardo²⁰. Tomás de Aquino consagra la pregunta 102

19. Delumeau, *Historia del Paraíso*, I, p. 94.

20. Beda el Venerable (h. 672-735), que conocía bien la posición del sabio sevillano, perfiló algunas de estas ideas y explicó por qué la tradición fijó en el extremo oriental el paraíso terrestre. Parece ser que el texto del *Génesis* que habla del Paraíso y lo sitúa a *principio*, en sentido temporal, fue traducido con significado espacial como *ad orientem*, donde se encuentra el principio de todo. Cabe decir que este error tendría asegurado el éxito pues, pues en la concepción del mundo medieval no había lugar más alejado. Beda considera que el Paraíso está separado por un gran espacio de tierras o de océanos y el agua del diluvio no cubrió sus tierras. Resulta reveladora la influencia de San Isidoro al comprobar que Rábano Mauro (h. 776-856) en su obra *De universo* copia literalmente el pasaje del Hispalense que acabo de transcribir. Honorio de Autun, el gran vulgarizador del siglo XII, al hablar de Asia señala que en su parte más oriental está el paraíso, «un lugar excepcional por todos los encantos que posee, pero inalcanzable para el hombre y rodeado por un muro de llamas que sube hasta el cielo». Según este sabio ahí nacen los cuatro ríos «que luego surgen en parte lejana» y está rodeado por un «vasto espacio desértico e intransitable debido a las serpientes y a los animales feroces que ahí viven». Pedro Lombardo, que murió siendo obispo de París en 1160, sigue al sabio Beda cuando señala que la expresión *a principio* se tradujo como *ad orientem* consagrando la creencia de un Paraíso Terrenal situado en el extremo oriental de Asia. Estas ideas aparecen muchas veces repetidas en los siglos XII y

de la *Summa Theologica* al «lugar del Paraíso Terrenal» y declara que las fuentes del capítulo son San Agustín, San Isidoro, Beda y Juan Damasceno. Dice Santo Tomás:

Puesto que el lugar del Paraíso es ya tan distante del conocimiento humano, hay que admitir que los ríos cuyas fuentes desconocemos, se filtran bajo la tierra y, recorriendo largas distancias, surgen en otros lugares lejanos. Que esto sucede con algunas aguas, ¿quién lo ignora? [...] Aquel lugar nos es inaccesible debido quizás a los montes, o mares o regiones muy calurosas que no pueden ser atravesadas. Por eso los geógrafos no mencionan ese lugar²¹.

No cree que necesariamente se encuentre en el extremo oriental del mundo, ya que admite que algunos lo sitúan al sur del círculo equinoccial y piensan que es un lugar muy templado porque el día se iguala con las noches. Sin embargo, los contradice con la autoridad de Aristóteles quien en su libro *Meteor* advierte expresamente que esa región es inhabitable, ideas que se avienen bien con la división del mundo en la Antigüedad en cinco zonas: dos frías deshabitadas, dos templadas y habitables, separadas ambas por una tórrida en que el calor impide vivir al hombre. Tras esta discusión en que Santo Tomás enfrenta ideas clásicas a las de los sabios de la Iglesia afirma: «Sea como sea, es cierto que el Paraíso debió de estar situado en un lugar muy templado, bien sea en el equinoccio, bien sea en cualquier otra parte».

Muchos autores distinguen para el paraíso un significado simbólico y otro literal, pero lo cierto es que en la Edad Media nadie se atreve a negar el significado literal e histórico del correspondiente pasaje del *Génesis*. A principios del siglo XIII Vicente de Beauvais en su *Speculum Maius* copia literalmente el texto de San Isidoro y hasta el historiador de la Séptima Cruzada, Joinville, explica con cierto detalle cómo los egipcios recogen del Nilo los valiosos productos que vienen del Paraíso Terrenal. Y ya en la segunda mitad del siglo XIII *Li Livres dou Tresor* de Brunetto Latini divulgó por Occidente muchas de estas ideas que

XIII y no vamos a detenernos en ellas, ni siquiera en su aprovechamiento en exitosas ficciones que sitúan a un Alejandro Magno, por ejemplo, en las inmediaciones del Paraíso Terrenal en la ribera del Ganges y que sin duda divirtieron a muchos lectores de los siglos XII y XIII (Sobre las cuestiones textuales y de contenido inherentes a las versiones latinas y en lenguas vulgares del *Iter ad paradisum* de Alejandro Magno, hay una extensa bibliografía y una reciente publicación colectiva sobre el tema: C. Gaullier-Bougassas y M. Bridges (eds.), *Les voyages d'Alexandre au paradis (Orient et Occident, regards croisés)*, Brepols, 2013.

21. Santo Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, I, 4ª ed., Madrid, BAC, 2001, p. 868.

hasta entonces sólo estaban reservadas a las élites. El propio Dante, su discípulo, aunque reduce los cuatro ríos del Paraíso a dos, sigue en su descripción las tradiciones más autorizadas en lo referente a su clima y vegetación, sin contradecir en absoluto las ideas recibidas.

A mediados del siglo XIV se pone en circulación un libro que inundaría las bibliotecas de Europa en los tres siglos siguientes, primero con cientos de manuscritos²² y luego con más de 180 ediciones en una decena de lenguas. Me refiero al *Libro de las maravillas* de Juan de Mandeville cuya difusión fue tal que resulta imposible pensar que no lo conociera Colón²³. Mandeville describe el Paraíso repitiendo uno a uno los tópicos medievales: que es el lugar más alto del mundo, que se encuentra en los confines orientales, que no lo alcanzó el diluvio, que está rodeado por un muro y que su única puerta está cercada con fuego ardiente, que de él surgen los cuatro ríos y que toda el agua dulce del mundo procede de la fuente del Paraíso. Pero algunas afirmaciones de Mandeville, más coloristas, se apartan de los caminos más trillados:

Y sepan que ningún caminante ni nadie puede ir a ese paraíso ya sea por tierra o por mar [...] muchos grandes señores han intentado ir por esos ríos con un gran séquito hacia el paraíso, pero ninguno pudo avanzar su bajel y seguir adelante; algunos murieron de cansancio al intentar nadar contra la corriente y otros se volvieron ciegos y otros quedaron sordos debido al gran ruido del agua y algunos se hundieron y perdieron dentro de las ondas de las corrientes, de manera que ningún hombre mortal puede aproximarse si no tiene una gracia especial de Dios²⁴.

Nos interesa detenernos también en la *Imago mundi* de Pierre d'Ailly (1351-1420), el libro que «a Cristóbal Colón más entre los pasados movió a su negocio», según afirma fray Bartolomé de las Casas²⁵. La obra de este teólogo francés era un tratado cosmográfico que fue terminado en 1410, se imprimió en Lovaina hacia 1483 y obtuvo un notable éxito. Su principal mérito no fue el de proporcionar unas exactas dimensiones de la tierra, sino sus afirmaciones reiteradas, atendidas

22. Se conservan más de ciento cincuenta en una gran variedad de lenguas.

23. Aunque no hay constancia documental explícita como en otros casos, testimonios indirectos demuestran que el de Mandeville estuvo entre los libros de Colón.

24. Delumeau, p. 107.

25. *Historia de las Indias*, II, xi, p. 43b. Véase *Ymago mundi de Pierre d'Ailly. Texte latin et traduction française des quatre traités cosmographiques de Pierre d'Ailly et des notes marginales de Christophe Colomb*, trad. E. Buron, Paris, Maisonneuve, 3 vol., 1930. En español contamos con la edición de Antonio Rodríguez de Verger, *Ymago mundi y otros opúsculos*, Madrid, Alianza, 1992.

por Colón, de que el mar Tenebroso (como se denominaba al Atlántico) no tenía demasiada anchura²⁶. Sobre el Paraíso Terrenal escribe Pierre d'Ailly las siguientes consideraciones:

En el paraíso hay una fuente que riega el jardín de las delicias y que se extiende por cuatro ríos. El paraíso es, según Isidoro, Juan Damasceno, Beda, Strabón y del Maestro de las Historias, un lugar amenísimo en tierras orientales separado por una larga distancia de nuestro mundo habitable; es tan elevado que toca la esfera lunar y hasta ahí no llegó el agua del Diluvio. Con todo no hay que entender que en realidad el Paraíso terrenal alcance el círculo de la luna, sino que hablando hiperbólicamente se insinúa que su altura respecto de la superficie de la tierra es incomparable y que llega hasta la atmósfera en calma por encima de este aire turbulento, donde se encuentra el fin y el límite de las exhalaciones y evaporaciones húmedas cuyos flujos y reflujos se acercan al globo lunar, como expone Alejandro. Así pues, las aguas que caen de este elevadísimo monte forman un lago y en su caída producen tanto ruido que todos los habitantes nacen allí sordos, porque a causa del estrépito tan enorme se destruye el sentido del oído de los niños, como corroboran Basilio y Ambrosio [...]. De aquel lago se cree que, como de una fuente, proceden los cuatro ríos del paraíso, el Fisón o Ganges, el Geón que es el Nilo, el Tigris y el Éufrates, aunque parezca que su nacimiento tenga lugar en sitios diversos.

LOS PRODIGIOS DEL TERCER VIAJE

Es en el tercer viaje de ida, realizado en la primavera y el verano de 1498, cuando las ideas cosmológicas de Cristóbal Colón van a experimentar un vuelco notable²⁷. En Canarias decide dividir la flota para que una parte se dirija directamente a La Española en tanto que él, con dos carabelas y una nao, cruzaría el Océano por «debajo de la línea equinoccial», a la altura de las islas portuguesas de Cabo Verde. La aventura resultó tremendamente arriesgada, pues Colón y los

26. A los errados cálculos de Ptolomeo sobre la circunferencia de la tierra, que la consideraba notablemente más pequeña que Eratóstenes, se sumó la interpretación errónea de Toscanelli de las mediciones del siglo x de Al Farghani (el Alfagrano de Colón y el Renacimiento) cuyas millas árabes (de unos 1.900 m.) fueron interpretadas como si fueran millas itálicas (de 1.477,3 m.). Los cálculos errados de Pierre d'Ailly animaron a Colón a emprender lo que con propiedad se ha denominado «el éxito del error» (J.L. Comellas García Llera, *El éxito del error. Los viajes de Colón*, Barcelona, Ariel, 2005).
27. Iniciado en Sanlúcar de Barrameda el 30 de mayo de 1498 con ocho barcos y una tripulación de 226 marineros.

suyos sufrieron una fuerte ola de calor durante una semana, hasta que los vientos favorables le llevaron a lugares más templados. Pero además advierte algo extraño en sus mediciones:

Hallé allí que, en anocheciendo, tenía yo la estrella del norte alta cinco grados, e entonces las Guardas estaban encima de la cabeza; y después, a medianoche, hallaba la estrella alta diez grados y, en amaneciendo, que las Guardas estaban en los pies, quinze.

El Almirante se siente tan desconcertado que llega a decir: «Por cosa nueva tengo yo esto, y podrá ser que será tenida, que en tan poco espacio haga tanta diferencia el çielo». Estas variaciones en sus cálculos celestes le hacen poner en duda las teorías cosmológicas más autorizadas:

Yo siempre leí qu'el mundo, tierra y agua era esférico, y que las autoridades y experiencias que Ptolomeo y todos los otros escribieron d'este sitio daban y amostraban por ello, así por escrites de la luna y otras demostraciones que azían de oriente hasta oçidente como de la elevación del polo de setentríon en austro. Agora vi tanta disformidad como ya dixé; y por esto me puse a tentar esto del mundo, y hallé que no hera redondo en la forma que escriven, salvo qu'és de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón, que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar d'ella fuese como una teta de mujer allí puesta, y qu'esta parte d'este pezón sea la más alta e más propinca al çielo, y qu'esta sea debajo de la línea equinoçial y en esta mar Oçéana en fin de Oriente (llamo yo fin de oriente adonde acaba toda la tierra e islas)²⁸.

Como argumento complementario alega la experiencia de que llegando a un punto del oeste, por debajo de la línea equinoccial, «ya van los navíos alçándose hazia el çielo suavemente, y entonces se goza de más suave temperancia y se muda el aguja del marear por causa de la suavidad d'esta cuarta de viento» (p. 377). Y ¿qué decían de esto los antiguos cosmógrafos? No decían nada. Según Colón, Ptolomeo y otros sabios se equivocaron en su descripción porque solo tenían experiencia del hemisferio norte donde ellos vivían. La observación le llevaba a novedosas conclusiones, pero es que además se veían reforzadas por argumentos de autoridad, religiosos y profanos, que cuestionaban la esfericidad de la tierra. Por un lado había una razón cosmológica que se remonta a la misma creación del mundo: «porqu'el sol, cuando Nuestro Señor lo hizo, fue en el primero punto

28. *Textos*, pp. 376-377. En adelante cito en el texto las páginas de esta edición.

de Ariete [es decir, Aries], o la primera luz fue aquí en oriente, allí adonde es el extremo del altura d'este mundo» (p. 378). Y a continuación recuerda que ya antes de Ptolomeo el propio Aristóteles había sostenido una teoría equivalente:

Y bien qu'el parescer del Aristótil fuese qu'el polo antártico o la tierra qu'es debajo d'él sea la más alta parte del mundo y más propinca al çielo, otros savios lo inponavan, diciendo qu'es ésta qu'es debaxo del ártica. Por las cuales razones parece que entendían que una parte de'este mundo divió ser más propinca y noble al çielo que otra, y no cayeron en esto, que sea debaxo del equinoçial, por la forma que yo dixere. E no es maravilla porque d'este emisperio no se oviese noticia çierta, salvo muy liviana e por argumento [es decir, por deducciones], porque nunca nadie lo a andado ni enviado a buscar hasta que V. Al. lo mandaron explorar y descubrir la mar y la tierra (pp. 378-379).

Varias semanas después, el dos de agosto de 1498, se encuentra ante una enorme cantidad de agua dulce que se junta con el mar. Está sin saberlo en la desembocadura de un río más caudaloso que ninguno de los conocidos entonces, el delta del Orinoco²⁹. Tal cantidad de agua dulce, las corrientes y su ruido le desconciertan. Le parece que está conociendo *in situ* los lugares que la Biblia y los santos padres describen como el Paraíso Terrenal:

La Sacra Escripura testifica que Nuestro Señor hizo el Paraíso Terrenal y en él puso el Árbol de la Vida, y d'él sale una fuente de donde resulta en este mundo cuatro ríos principales: Ganges en Yndia, Tigris e Eufrates en Armenia, los cuales apartan la Siria y hazen la Mesopotamia y van a tener en Persia, y el Nilo, que naze en Etiopía y va en la mar de Alexandría (p. 379).

Y para que nadie crea que habla de memoria, saca a colación sus lecturas y las somete a examen:

Yo no hallo ni jamás he hallado escriptura de latinos ni de griegos que çertificadamente diga el sitio en este mundo del Paraíso Terrenal, ni he visto en ningún mapamundo salvo situado con autoridad de argumento. Algunos lo ponían allí donde son las fuentes del Nilo en Etiopía, mas otros anduvieron todas estas tierras y no hallaron conformidad d'ello en la temperancia del cielo, porque se pudiese comprender qu'él era allí ni que las aguas del diluvio oviese llegado allí, las cuales subieron

29. Hoy se reconoce que después del Amazonas y el Congo, apenas conocido entonces, el Orinoco es el tercero más caudaloso.

en quinze codos ençima de todas las montañas. Algunos gentiles quisieron decir por argumento qu'él era en las islas Fortunate, que son las Canarias, y otros en otros lugares, y todos como dixe, por argumento (pp. 379-380).

Obsérvese que no niega haber visto representado el lugar del Paraíso Terrenal, pero precisa que lo afirman «por argumento», es decir, por deducción nunca comprobada. Veamos cómo, frente a los gentiles, le merecen más credibilidad los doctores de la iglesia:

Sant Esidro y Beda y Damasçeno y Estrabo y el maestro de la Ystoria Escolástica³⁰ y San Ambrosio y Escoto y todos los sacros teólogos todos conçiertan qu'el Paraíso Terrenal es en fin de Oriente, el cual oriente llaman el fin de la tierra yendo al oriente, en una montaña altísima que sale fuera d'este aire torbolento, adonde no llegaron las aguas del dilubio, que allí está Elías e Enoque, y de allí sale una fuente y cae el agua en el mar, y allí haze un gran lago del cual proçeden los cuatro ríos sobre-dichos, que bien qu'este lago sea en oriente y las fuentes d'estos ríos sean divisas en este mundo, porende que proçeden y vienen allí d'este lago por catarantes debajo de la tierra y espiran allí donde se been estas sus fuentes; la cual agua que sale del Paraíso Terrenal para este lago trahe un tronido y rogir muy grande, de manera que la gente que naze en aquella comarca son sordos (p. 380).

Con esta base bíblica, Colón postula un Paraíso Terrenal situado en una altura inaccesible y vedado para el hombre, como se encarga de aclarar:

no porque yo crea que allí, donde es el altura del estremo, sea navegable ni agua en que se pueda sobir allá, porque allí creo que sea el Paraíso Terrenal, adonde no puede llegar nadie salvo por voluntad divina» (p. 380).

Por todo lo cual su original teoría sobre la superficie terrestre es conforme a la doctrina de la iglesia:

Yo tomo qu'el Paraíso Terrenal no sea en forma de montaña áspera, como el escrevir dello nos amuestra, salvo qu'él sea en el colmo, allí donde dixe la figura del pezón de la pera, y que poco a poco andando fazia allí desde muy lejos se ba subiendo a él, e creo que nadie no podría llegar al colmo, como yo dixe, e creo que puede salir de allí esta agua, bien que sea lexos, y venga a parar allí adonde yo vengo, fazia este lago. Grandes indicios son estos del Paraíso terrenal; porqu'el sitio es conforme a la opinión d'estos santos y sacros teólogos; y ansimesmo las señales son muy conformes,

30. El autor de la *Historia Escolástica* era Pedro Coméstor.

que ajamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro y vezina de la salada, y en ello ayuda asimismo la suavísima temperancia. Y si de allí del Paraíso no sale, parece aún muy mayor maravilla, porque no creo que sepan en el mundo de río tan grande y tan fondo, al cual no puede llegar e en algunos lugares sondé el piélagos con ochenta brazas de cordel, e colgado d'él doze libras de plomo (pp. 380-381).

Todas estas reflexiones del Almirante hay que enmarcarlas en medio de los desastres sobrevenidos en este tercer viaje. Resulta claro que la «visión» tuvo lugar después del calor extremo que sufrió en la zona ecuatorial y el raro fenómeno que se produce en sus instrumentos de orientación. Tiene razones para sospechar que la tierra no es redonda y que esa ascensión que, según cree, experimentan sus barcos solo puede explicarse por la cercanía del Paraíso Terrenal. Pero hay otras razones espirituales que iban a atenazar el alma del Almirante en el curso de ese tercer viaje: las graves disputas que enfrentan a sus colaboradores por el oro y, sobre todo, la llegada al puerto de Santo Domingo de Francisco de Bobadilla como Virrey y Gobernador, como consecuencia de sus malas prácticas de gobernante. Ese ambiente de hostilidad le hace refugiarse en sus logros más palmarios y, por qué no, en la creencia de que a él le ha estado reservado el descubrimiento del Paraíso Terrenal. Ya hemos visto que sus ideas al respecto no eran originales, pero al menos podía sentir el orgullo de haber sido elegido para descubrir el lugar donde Dios puso a Adán y Eva.

No podemos decir que al final de la Edad Media se percibiera de manera uniforme la ubicación y la imagen del Paraíso, pues en su esencia el Paraíso era inaccesible y, por tanto, no había sido localizado. Su situación en el extremo oriental del mundo quizá era la forma más sencilla de presentarlo en un lugar remoto e inaccesible; y también el más privilegiado por ser el lugar por donde sale el sol. No obstante se registran grandes diferencias entre los viajeros: Pero Tafur, por ejemplo, sitúa el Paraíso Terrenal en las cercanías de Jerusalén³¹. A finales de 1483 el alemán Bernardo de Breidenbach, mientras viaja de Jerusalén al monte Sinaí por desiertos inhóspitos, evoca una zona tórrida previa al paraíso terrestre³², en tanto

31. *Andanças e viajes de un hidalgo español: Pero Tafur (1436-1439)*, ed. Jiménez de la Espada [1874], Madrid, El Albir, 1982, p. 90.

32. «La noche passada luego tomamos nuestro camino por una región que no le saben fin a la parte de oriente, tanto que si fuesen aun a caballo no pueden llegar en LX días donde moradas de hombres haya, por tal manera que nunca fallaron fin d'este desierto. Piensan algunos que sea la zona inhabitable quier tórrida, que llega a juntar con el paraíso terrestre. En este día que se contó a XVI de setiembre por los extremos del dicho desierto fuemos arribados en Alberok». (*Viaje de la Tierra Santa*, trad. M. Martínez de Ampíes, Zaragoza, Paulo Hurus, 1498, f. 143vb).

que muchos viajeros, como Diego de Mérida en 1512, lo vincularán a las fuentes del Nilo³³.

Las apreciaciones de Colón y la nueva ubicación que propone rápidamente surtieron efecto. Al filo de 1500 Américo Vespucio bordeaba las regiones ecuatoriales del continente que le debe su nombre y escribe: «Los árboles son de tanta belleza y de tanta suavidad que pensábamos estar en el Paraíso Terrenal y ninguno de aquellos árboles ni sus frutas se parecían a los nuestros en estas partes»³⁴. Dos años más tarde, en 1502, los plácidos paisajes que contempla le hacen pensar de nuevo que está en el Paraíso Terrenal³⁵, lo mismo que en una tercera ocasión en la carta que dirige a Lorenzo Pedro de Médicis hablándole por primera vez del Nuevo Mundo³⁶. Y no fue Vespucio el único en creer que el Paraíso Terrenal se encontraba en el Nuevo Mundo pues la idea pervivió con mucha fuerza en los Siglos de Oro³⁷.

Pero también los enemigos encontraron buen argumento para desautorizar al Almirante y ridiculizarlo. Buen ejemplo de este clima adverso se refleja en la publicación, en 1503, de la traducción castellana del *Libro de Marco Polo* por parte Rodrigo Fernández de Santaella, con el propósito declarado de desacreditar las falsas profecías publicadas por Colón el año anterior y las noticias que corrían por la península sobre la llegada a las Indias navegando hacia occidente:

33. A. Rodríguez Moñino, ed., «Diego de Mérida, *Viaje a Oriente*», *Analecta Sacra Tarraconensia*, 18 (1945), p. 149.
34. Amerigo Vespucci, *Cartas de viaje*, intr. y notas de Luciano Formisano, Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 53.
35. «Esta tierra es muy amena y llena de infinitos árboles verdes y muy grandes, y nunca pierden la hoja y todos tienen olor suavísimo y aromático y producen infinitísimas frutas, y muchas de ellas buenas al gusto y salutíferas al cuerpo. Los campos producen mucha hierba, flores y raíces muy suaves y buenas, que alguna vez me maravillaba del suave olor de las hierbas y flores y del sabor de estas frutas y raíces, tanto que entre mí pensaba estar cerca del Paraíso Terrenal » (Vespucci, 1986, pp. 75-76)
36. «Y ciertamente si el Paraíso Terrenal en alguna parte de la tierra está, estimo que no estará lejos de aquellos países. De los cuales el lugar, como te he dicho, está al mediodía, en tanta templanza de aire que allí nunca se conocen ni los inviernos helados ni los veranos cálidos » (Vespucci, 1986, p. 96).
37. No podemos detenernos ahora en reseñar tan extensa nómina. Varios ejemplos pueden encontrarse en el libro de J. Magasich y J.-M. de Beer, *América Mágica: Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo*, Santiago de Chile, Editorial LOM, 2001, pp. 39-42.

Fuera d' estas tres Indias que están al nacimiento del sol, no se fallará auctor ni hombre, que haya peregrinado la tierra firme ni los mares adjacentes, que a provincia ni isla llame India, salvo quien quiso dar a entender, yendo a occidente, que iba a oriente e aun llegava al Paraíso Terrenal³⁸.

Colón piensa como un hombre de la Edad Media, sin distinguir entre una opinión y un artículo de fe. En lo referente a las regiones desconocidas cree en la doctrina de los antiguos, posicionándose a favor de tal o cual teoría en función de sus intereses³⁹, contradiciéndoles si su experiencia le indica algo distinto, como en lo relativo a las zonas inhabitables del sur del equinoccio, o conformando su experiencia a las ideas recibidas, siempre en un afán de demostrar con su experiencia aquellas que se han recibido solo «por argumento», como dice él.

LA PERVIVENCIA DE LAS IDEAS

Años después Cristóbal Colón mencionaría el Paraíso Terrenal en términos similares, lo cual nos demuestra que no fueron devaneos de navegante atribulado aquellas reflexiones del tercer viaje sobre el lugar donde Dios situó a Adán y Eva. En febrero de 1502 dirige una carta al papa Alejandro VI en la que hace balance de las tierras descubiertas⁴⁰ y le solicita seis frailes para que le acompañen en su cuarto viaje y difundan el Evangelio por las nuevas tierras. Pero antes de dicha petición alude al descubrimiento sorprendente del tercer viaje diciendo:

Torné a ellos⁴¹ con remedio y hiçe navegación nueva hazia el austro, adonde yo fallé tierras infinitísimas y el agua de la mar dulce. Creí y creo aquello que creyeron y creen tantos sanctos y sacros theólogos, que allí en la comarca es el Paraíso Terrenal⁴².

38. Juan Gil, ed., *Libro de Marco Polo*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 175. No olvidemos que Colón había anotado meticulosamente su ejemplar de la edición latina del libro de Marco Polo (Amberes, 1485), por lo que resultaba ofensivo sugerir su desconocimiento.
39. Prefiere, por ejemplo, las mediciones de Marino de Tiro a las de Ptolomeo y repite con frecuencia las palabras de Esdrás, según el cual el mundo se compone de seis partes de tierra y una de agua.
40. Como en otras ocasiones, Colón no es escrupuloso en decir la verdad al afirmar haber descubierto y ganado «mil e cuatrocientas islas» y haber llegado a Cipango.
41. Se refiere a que volvió a la Indias para reunirse con sus dos hermanos, Bartolomé y Diego, a quienes había dejado allí en el segundo viaje con otra mucha gente.
42. Varela, *Textos*, pp. 479-480.

La afirmación ya no es tan rotunda, pero no cabe duda de que presenta al pontífice el descubrimiento del Paraíso Terrenal como un mérito incuestionable, en un momento en que la devoción franciscanista de Colón alcanza sus cotas más altas.

También en la relación del cuarto viaje, de pasada, lo menciona y dice que «la esperiencia ya está vista, y la escreví por otras letras con adornamiento de la Sacra Escripura con el sitio del Paraíso Terrenal, que la Santa Iglesia aprueba»⁴³. Este hallazgo del Paraíso Terrenal, tan providencial, vendría a confirmar que sus descubrimientos estaban guiados por Dios.

Medio siglo más tarde de esa carta a Alejandro VI, Fray Bartolomé de las Casas recordaría en su *Historia de las Indias*⁴⁴ el célebre pasaje colombino sobre el Paraíso Terrenal del tercer viaje. Aunque el padre Las Casas no comparte la localización americana del Paraíso, dedica los capítulos 140-145 del Libro Primero de su obra a una «Larga justificación de las razones que tuvo Colón para sospechar que había localizado el Paraíso Terrenal», donde señala que

tampoco el Almirante opinaba fuera de razón, supuestas las novedades y mudanzas que se le ofrecían, mayormente la templanza y suavidad de los aires y la frescura, verdura y lindeza de las arboledas, la disposición graciosa y alegre de las tierras, que cada pedazo y parte dellas parece un paraíso, la muchedumbre y grandeza impetuosa de tanta agua dulce, cosa tan nueva, la mansedumbre y bondad, simplicidad, liberalidad, humana y afable conversación, blancura y compostura de la gente⁴⁵.

El fraile dominico discute consigo mismo a lo largo de varias páginas las afirmaciones de Colón y tampoco logra, ya mediado el siglo XVI, romper con las autoridades:

Es de concluir que el lugar del Paraíso terrenal está en lo más alto de toda la tierra y sobrepasa todos los otros montes por altos que sean, donde las aguas del

43. *Textos*, p. 498.

44. Aunque la redacción de la extensa *Historia de las Indias* se prolongó durante bastantes años (se inició en 1527, según confesión del autor), Las Casas firma el prólogo de su obra en 1552, lo que significa para nosotros que seguramente refleja sus ideas en ese momento, especialmente en un tema tan espinoso cuando ya se ha iniciado el Concilio de Trento.

45. Bartolomé de las Casas, *Historia de las indias*, I, cap. 141, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986, p. 565.

Diluvio no pudieron llegar, o por su altura o porque no convino que llegase, las cuales sobrepujaron 15 codos, como parece Génesis 7⁴⁶.

Hemos visto cómo las ideas de Colón sobre el Paraíso Terrenal son el resultado del compromiso de sus lecturas con sus extraordinarias experiencias viajeras y hasta qué punto con el paso de los años se verán condicionadas por sus tribulaciones en la corte defendiendo sus méritos y sus derechos no suficientemente reconocidos. En su conjunto y en su variedad estas manifestaciones reflejan bastante bien la peripecia vital del Descubridor. Sus testimonios dejaron una huella muy honda en los siglos venideros y darían lugar a mil discusiones posteriores sobre la ubicación del Paraíso Terrenal. De entre ellas dos obras destacan por su especial relevancia: en primer lugar la de Antonio de León Pinelo, consejero real de España, que gozó de indudable prestigio en el Virreinato del Perú y redactó entre 1645 y 1650 una obra de ochocientas treinta y ocho hojas manuscritas en la que demuestra que el Paraíso Terrenal se encuentra en América⁴⁷; la otra es el *Traité de la situation du Paradis Terrestre* (París, Imprenta Real, 1691), de Pierre Daniel Huet, que por ser obispo de Avranches y destacado miembro de la Academia Francesa tuvo una especial repercusión. Pero estas son otras historias de las que ahora no podemos ocuparnos.

46. *Ibidem*, p. 568.

47. Se menciona una edición completa en Perú en 1943 de la que no he conseguido ver ningún ejemplar.

